

El hombre como libro en *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury

Por Rita Báez

Academia Superior de Ciencias Aeronáuticas
reynabaez1@hotmail.com

Fecha de recepción: 29/7/2019

Fecha de aceptación: 7/8/2019

Siempre hemos oído decir que el hombre es capaz de ser y hacer todo cuanto se propone: desde un simple agricultor hasta un explorador del espacio exterior, un consumidor de bienes y servicios a un productor y reproductor de la vida. Pero, ¿podrá convertirse en un libro de texto? ¿Será capaz de dejarse leer por decenas, cientos y hasta miles de personas?

En la Santa Biblia, el apóstol Pablo, hablando a los corintios, refiere: “Nuestras cartas sois vosotros, escritas y leídas por todos los hombres; siendo manifiesto que sois cartas de Cristo expedidas por nosotros” (2da de Corintios, cap. 3: 2 3). Entonces, si puede ser carta ¿por qué no libro? Es cierta tal afirmación pues con nuestras acciones y actitudes somos capaces de transmitir las informaciones necesarias para que otros puedan leerlas, entenderlas o reproducirlas.

El escritor estadounidense Ray Bradbury, en *Fahrenheit 451*, novela escrita en el año 1953, presenta al hombre como un libro, el más apropiado en momento de crisis; en una sociedad del futuro en donde los libros son vistos como enemigos del ser humano, debido a que la lectura trae consigo pensar, y pensar está prohibido porque hace infeliz al hombre y este necesita ser feliz.

En esa sociedad, con casas de techos que no se queman, abundan los bomberos, quienes con sus largas mangueras llenas de petróleo están listos, no para apagar incendios, sino para quemar las casas, y, si fuere necesario, a sus dueños si osaran leer. Es ahí donde el hombre como libro se hace indispensable para mantener los conocimientos a salvos, intactos; cuando muchos quieren echarlos en el fuego del olvido; en la incineración de la apatía y la indiferencia. Y más que uno, se requiere de una colección de estos: la biblioteca, con la diversidad de temas y materias existentes, para llevar al ser humano la belleza de las páginas impresas; la libertad de las ideas.

Todo hombre puede ser un fragmento de los más clásicos, ya que como tenemos la capacidad para almacenar, también es posible recrear en nuestras vidas todo un mundo de conocimientos que hasta ahora parecen olvidados. ¿Y no era esta la manera como en la antigüedad los niños aprendían? ¿No se hacía por la repetición oral de la tradición, cuando los mayores, fuese con el verso o la prosa, contaban y cantaban las grandes victorias, así como también los desafueros de los antepasados a

cada generación presente? Es cierto que necesitamos los libros de texto para mostrar y modelar todo cuanto nos rodea, pero jamás podemos olvidar que estos, sin el humano que los valore, predique, administre, transmita, no son más que letras muertas.

Por otra parte, podríamos afirmar que existe una gran gama de libros: los hay de tapa gruesa, tapa fina y colores variados. Están los que pesan mucho y los que pesan poco, los que llaman la atención a primera vista y otros tantos que son poco atractivos. El hombre como libro también posee estas cualidades.

No importa si es recién elaborado o un clásico, el libro debe atraer a los lectores desde el inicio hasta el final. Necesita impregnar el aire con su olor fragante. No es posible que un buen libro permanezca sin ser acariciado por los dedos anhelantes de un ávido lector.

Es verdad que no se debe juzgar al libro por la tapa que lleva; no obstante, algo también es cierto y es el hecho de que el hombre como libro merece ser apreciado en su justo valor, por su contenido. Sin embargo, de igual modo necesita en su cubierta reflejar lo que lleva dentro.

Definitivamente, precisamos hoy día más hombres libros que susurren, llamen y, si fuere necesario, griten al mundo que cada página de su vida se halla cargada de sabiduría que no puede obtenerse en otro lado.

Hoy más que nunca, ya que vivimos en una sociedad donde todo se nos coloca listo para digerir sin hacer el menor esfuerzo, puesto que a muchos no les conviene una generación pensante, sino más bien aquella que reproduzca lo que se le modele, la que le convenga a quienes tienen el control de las ideologías.

También urge que se refuerce en cada ser la pasión por la lectura, por el ansia de conocimientos, haciendo de ella un disfrute total. Para que todo esto sea una realidad y no nos enfrentemos a la sociedad de *Fahrenheit 451*, se hace menester que los niños, jóvenes, adolescentes y adultos vean en nuestros rostros la alegría, el vigor, la confianza y, ¿por qué no?, el amor reflejado cuando nos apropiamos, o mejor dicho, hacemos y somos capaces de recrear cada tópico leído. Ya es tiempo de imprimirle vida a los escritos, movernos al ritmo que ellos; hablar, cantar o jugar al tiempo que aquellos: como verdaderos hombres libros.